

---

# **SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA**

P. Antonio González O.P.

*En Agosto de 1965, cuando estaba para reunirse la última sesión del Concilio Vaticano II, se llevó a cabo en Lima un interesante Seminario sobre Pastoral Universitaria en el que participaron, convocados por el CELAM, teólogos de Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Colombia, Venezuela, Alemania y Puerto Rico, y un distinguido grupo de universitarios de diversos países suramericanos. Empezaba ya a producir sus frutos la visión de la Iglesia que nos ofrece la Constitución "Lumen Gentium" y estaba en fase final la discusión del célebre "Esquema XIII" del que nació la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy "Gaudium et Spes". En el ambiente de los debates teológicos de ese entonces se sitúa la siguiente ponencia, breve, pero de sumo interés, que tuvo por autor a un buen teólogo de Puerto Rico, el P. Antonio González, distinguido miembro de la orden dominicana. Dentro de este contexto histórico, la lectura de este documento es de gran interés.*

El problema de hablar de teología es que muchos suponen que se trata de una ciencia estoérica en manos de peritos. La teología ciertamente admite grados y excelencias pero fundamentalmente no es otra cosa que el directo resultado de cualquier encuentro humano con Dios. El hombre con su razón y voluntad responde a una llamada gratuita de Dios y el estudio y consideración de esta respuesta es teología en el sentido estricto de la palabra.

Pero como no somos meramente individuos en un desierto sino personas en comunidad, en pueblos, en continentes y en fin, en un solo planeta, respondemos institucionalmente a la llamada de Dios o institucionalmente examinamos nuestra respuesta, compaginando en categorías de ciencia los diferentes intentos de aclaración.

Ahora bien, la teología no puede ignorar la historia, ni su historia y sobre todo, la historia de la Encarnación cuando Cristo nos reveló, no una nueva visión de Dios, sino lo que Dios siempre había sido, y en esta perspectiva es que debemos entender toda la historia de Israel y más todavía la historia del mundo.

Hace poco una novela de espías se hizo tremendamente popular, tanto en EE.UU. como en Europa. Del autor inglés John Le Carré, se trata de "*The Spy who came in from the cold*" que se podría traducir como "*El espía que quiso guarecerse del frío*". De un cinismo contundente, el autor presenta el básico nihilismo de los gobiernos europeos y la poca diferencia que existe entre las actitudes de uno y otro lado de la cortina de hierro. No quiero aquí extenderme sobre esta novela, porque no viene al caso. Pero quiero citar un corto diálogo que ocurre a mitad del libro. El espía y su novia después de una conversación trivial, ahondan en sus convicciones.

Dice el espía. -¿En qué crees tú ?

Ella contesta. -No es una cosa fácil de contestar.

El persiste. -¿Te consideras una persona religiosa?

Ella. - Estás totalmente equivocado Alec, yo no creo en Dios.

El. -¿Entonces en qué crees?

Ella. -En la historia.

El. -¿Entonces eres comunista?

Ella. -Sí, soy comunista.

Este mensaje de un libro actual que ha vendido más de 40 millones de ejemplares, señala una actitud muy corriente en nuestro tiempo, del mundo laico frente al creyente, aún más claro cuando se trata de una civilización seglarizada frente a la Iglesia como institución.

Se piensa que el Cristianismo está al margen de la historia por ser una religión con meta suprahistórica. Acabo de ser observador del Secretario de la Unidad, a un Congreso Mundial de los Discípulos de Cristo, la gran mayoría de los cuales es de los E.E.U.U., y esto era muy evidente: estaban al margen de la historia. A nosotros nos salva un poco, el hecho de que por la continuidad apostólica y nuestra vida sacramental no podemos alejarnos del todo de la concreta realidad y su devenir en el tiempo.

Sin embargo, no es del todo injusta la acusación que se hace al pueblo de Dios de su falta de compromiso con el tiempo histórico. La reciente



Constitución sobre la Iglesia ha puesto en su justo punto la misión de la Iglesia, pero estamos muy lejos de encararla, a mi parecer porque aún la manera de leer la Constitución y de interpretarla está viciada por un sobrenaturalismo un poco cándido. Pensamos en la historia de la Salvación como algo diferente a la historia del mundo. Como una especie de sobreestructura bajada de las nubes con función propia y separada distribuyendo Gracia, como si la Gracia fuera una especie de gasolina medible.

No hay duda que intrínseca a la relación del hombre con Dios, existe una polaridad que tenemos que expresar con algún término, como naturaleza y sobrenaturaleza, o naturaleza y gracia, pero cuando cosificamos estos términos, caemos de sopetón en la escisión que separa tajantemente la historia de la historia sagrada, o en términos teológicos, la creación de la redención; haciendo dos historias, una "laica" y otra "religiosa". Cuando de hecho se trata de un solo Plan Redentor cuyo clímax es Cristo "por quien fueron creadas todas las cosas".

La Encarnación del Verbo no es una intromisión de Dios en la Historia, Literal y textualmente (Juan, 1,11). "Vino a los suyos" o "a lo suyo", como rezan algunos textos, "para revelar el propósito de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así los que están en los cielos como los que están en la tierra". (Efesios 1,9).

No queda pues nada fuera, sino que la historia toda, es Crística en su médula y la misión del Pueblo que reconoce al Buen Pastor no es otra que la de revelar, quitar los obstáculos, quitar el velo a la creación para que manifieste su encardinamiento al Padre de todas las Luces. La misión de la Iglesia es hacia adentro y hacia afuera, la de hacer explícita la vocación de toda la creación (Rom. 8,19) "porque el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios". Esta misión histórica no excluye nada, ni comunismo, ni budismo, ni cualquier "ismo" que el hombre descubra o invente para manifestar un valor; antes bien, no podemos ver la historia sino como una total manifestación de la voluntad divina; del mundo que se hace más consciente de su vocación a la hermandad universal en el Padre. Sólo queda excluído aquello que repugna intrínsecamente a la vocación misma, y no olvidemos que el error no existe, sino que se alimenta de la verdad parcial que contiene. Donde quiera que un intelecto humano dice que sí a algo, ahí hay alguna verdad parcial que hay que rescatar para Cristo. O mejor dicho, no rescatar, ya que

es de Cristo esa verdad; lo que nos toca es hacerla nuestra en armonía con la que ya poseemos.

Pero este reconocimiento, esta acción insignificante no es ni tiene que ser un asunto de proveerle sellos con cruces o calcomanías del Sagrado Corazón al mundo; la realidad es en sí sagrada y a veces la deformamos creyendo que sólo la reclamamos para Dios cuando le clavamos una cruz como si fuera una pica en Flandes.

Ante la seglarización del mundo actual no creo que la misión de la Iglesia debe ser institucionalizarse aún más, sino antes bien, llevar la esencia encarnatoria de su Mensaje a la humanidad, para que ésta reconozca ya anidada esa vocación en su seno.

No hay que olvidar que "Anatema sea Jesús" y "Jesús es el Señor" no se dicen *ambos* en el Espíritu como nos dijo San Pablo en la primera a los Corintios (12,3). Y hay quienes dicen ambos sin conocer el nombre de Jesús y a su medida también participan del Espíritu.

La gran magna carta de derechos humanos que es "*PACEN IN TERRIS*" reconoce la vocación básica de la humanidad hacia la unidad, realizada en justicia y amor. No hay una sola realidad "natural" que no esté implícita en el mensaje y vida de Cristo, ya que la fe presupone al hombre. Trabajar para ese hombre presupuesto es trabajar por la fe. Y como la fe no la damos nosotros, sino Dios (claro está, incorporando nuestro testimonio en el acto de donación) no veo cómo la visión de la Iglesia que somos pueda limitarse a la trasmisión verbal del Credo. Implica un compromiso con la totalidad de la realidad sin excepción, revelándolo en su esencia crística.

Quedan para la discusión, además de otros problemas que se puedan discernir, los siguientes puntos:

- Institucionalidad humana e institucionalidad eclesiástica en la historia.
- Polaridad entre la naturaleza y la sobrenaturaleza (o Gracia).
- Sentido básico de la Encarnación del Verbo en su doble vertiente, docética y kenótica.